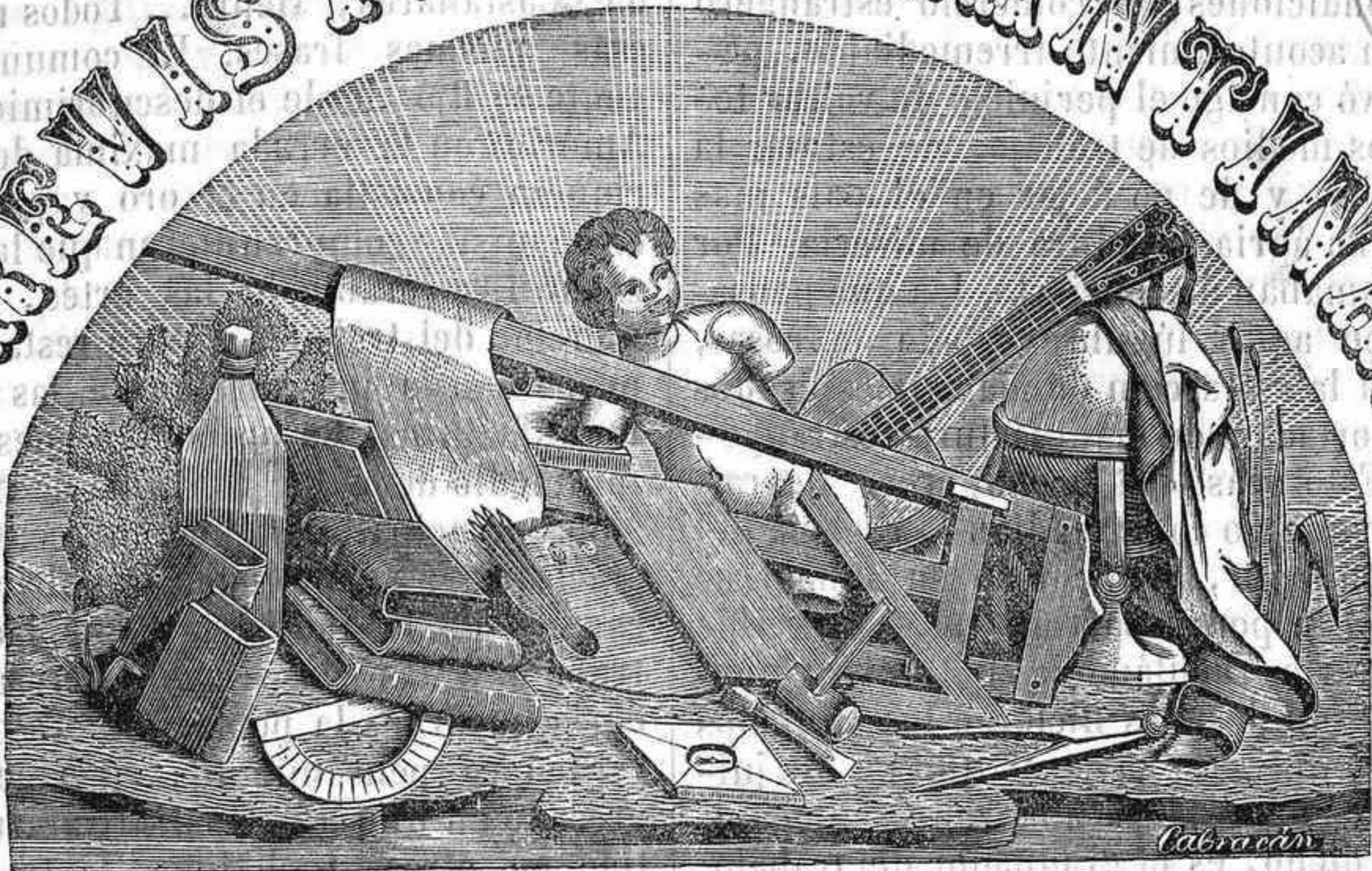


R. 1962

# REVISTA SALAMANQUINA!



Cabrera

Periódico de Literatura, Ciencias y Artes.

## ESTUDIOS

sobre la situación económica de España durante el reinado de la dinastía austriaca.

III. (\*)

### CAUSAS DE LA RUINA DE ESPAÑA.

«Los mas duermen: solo está despierto aquel que ama y defiende la verdad procurando que todos la veneren.»

(Osorio y Reding. disc. univ.)

Razon tenia el buen escritor y patricio de quien hemos tomado el precedente testo.

(\*) V. n.º 13 y 15.

Solo está despierto el que ama y defiende la verdad; los demas duermen, y el sueño no cuando se trata del bien de un país difiere muy poco de la muerte. Este sentido lamento, revela el pesar que devoraban nuestros economistas, cuando veían que sus prudentes reflexiones se disipaban sin hacer impresion en los oídos de aquellos *soñolientos* que mejor podían influir en las cosas públicas. Vamos á continuar la tarea empezada en el artículo 2.º, y acaso cuando enumeremos los males que señalaban los escritores hace dos siglos, ocurrirá á algun lector la idea de que hemos *dormido* con exceso, y aun no hemos del todo despertado.

Vimos ya que la raiz de todo el daño, se hallaba en esa afluencia de metales que encareciendo la mano de obra y primeras materias hacia imposible competir con los productos estrangeros, que por consiguiente inundaron nuestro suelo, arrollando las antiguas fábricas. Se-



mejante resultado no cabia evitarlo con prohibiciones; en el comercio rige una ley parecida á la que gobierna los cuerpos fluidos; allá se precipita necesariamente donde el nivel ha desaparecido. Bajo tales condiciones, el comercio estrangero fué un acontecimiento irremediable, pero llevó consigo el perjuicio de volcar todos los medios de trabajo, de extraer la moneda, y de no dejar en el país mas que una ágría levadura de miseria. Por eso clamaban de concierto, los que pensaban en aquel lúgubre estado de cosas, contra la estraccion de materiales crudos é importacion de manufacturas estrangeras. Esto acaso ha hecho creer ligeramente que no comprendian la esencia del padecimiento, y que todo su anhelo se cifraba en poner barreras al incoercible numerario, reputándola cual única riqueza, segun despues hicieron los titulados *Economistas*. No hay exactitud en ese juicio: la moneda es una representacion, mejor dicho, es el graduador del trabajo, y su principal dote estriba en ser tan fraccionable, tan divisible como él. «El dinero y el trabajo, dice un publicista francés, se corresponden en la organizacion de la industria, como el lenguaje y las ideas en la del entendimiento.» Ideas, trabajo, eso es preciso para poseer el caudal conveniente de los signos representativos. Así lo conocian los escritores del siglo XVII, aun cuando no desenvolvesen la teoria. «La enfermedad es gravísima, incurable con remedios ordinarios,» exclamaba el Consejo de Castilla en la consulta de 4.º de Febrero de 1619; como remedio *heróico* proponian pues la prohibicion del comercio estrangero y salida de primeras materias á fin de obligar al trabajo y á las artes, de animar con nuevo fuego las cenizas de la industria. La situacion creada puede compendiarse así; no cabia industria porque era imposible mantenerla frente á frente de la estrangera; no era dable pagar los productos de esta, porque el numerario que no corria en cauces abiertos por el trabajo nacional desaparecia sin dejar vestigio como el agua que se pierde en arenales. «La falta de fábricas y comercio habia consumido los cauda-

les y vasallos» (1)—«La ruina de la monarquía procede de la de los artesanos» (2)—«La esterilidad y falta de potencia de España ha procedido del desamparo de las artes, (3);—Damian Olivares, Moncada, Castañares, Henin... Todos repetian esas mismas frases. El comun de la gente se fijó desde el descubrimiento de América en la errada maxima de que la riqueza consistia en el oro y plata; los economistas comprendieron que la riqueza era inseparable de las artes, del comercio, del trabajo, y para restablecerlo proponian la interdiccion de las agenas manufacturas. La proponian pues no como medio de evitar la salida de metales, sino principalmente como recurso que precisaria á emprender la abandonada carrera de la industria, que facilitaria trabajo á las clases menesterosas, que haria medrar la poblacion. Tal era su verdadero pensamiento, claramente expresado en unos (4), instintivamente sentido en otros. Insistimos tanto en ello porque conviene destruir una creencia muy general y muy errónea, que criticando la economía española que estudiamos, no ha vacilado en considerarla *tan destumbrada en el corocimiento de los males como en la eleccion de los remedios*. Ese desfavorable juicio es mas digno de sólida impugnacion porque emana de autoridad muy respetable; la del ilustre Jovellanos. «Cada economista (decia en el elogio fúnebre de Carlos III) formaba un sistema peculiar: cada uno le derivaba de diferente origen; y sin convenir jamas en los elementos, cada uno caminaba á su objeto por distinta senda... Moncada vé venir la miseria con los estrangeros que la inundan (á España); Cevallos atribuye el mal á la introduccion de las ma-

(1) Osorio y Reding, Estension política. (2) Pellicer de Osau, com. imp. (3) Martinez de Mata, disc. (4) «Lo que mas aumenta la poblacion, es el egercicio de la agricultura.» «Las artes y oficios mecánicos aumentan así mismo las provincias (Fern. Navar.)» «Prohibiendo las manufacturas estrangeras se aumentaría el consumo de las propias, y por consiguiente el trabajo, los medios de subsistir y la poblacion» (Monc.) En igual sentido hablan otros, cuyas citas serían ya molestas.

nufacturas estrañas, y Olivares á la ruina de las fábricas propias; Osorio á los metales venidos de la América y Mata á la salida de ellos del continente.» Todas estas causas que en la precedente enumeracion se figuran diversas, son en realidad una misma, y como hemos demostrado, vienen á refundirse en la ruina ó aniquilamiento de las artes, comercio y agricultura, nervios motores del cuerpo del estado, espíritu vivificante de su alma. Lo que hicieron los economistas aludidos, fué abarcar en su mirada no solo la causa principal de los males, sino todas las demas secundarias, porque en su opinion «nada ó muy poco se consigue, sino se procede con la *armonia general* que exige la inseparable correspondencia que cada uno tiene con toda la república, y toda la república con cada uno de sus miembros por ínfimos que sean (1), pues es mas fácil el remedio general de todos los fraudes que en particular de uno solo, porque se hallan todos eslabonados en una fuertisima cadena (2).» Eso, y el haberse algunos dedicado con preferencia á estudiar y escribir la monografía de ciertas enfermedades sociales, pudo dar margen á la opinion de Jovellanos.

En efecto: nuestros economistas que al cerrar las puertas al comercio estranero (ausilio con que vemos en la historia que todas las naciones han fomentado los primeros pasos de su industria, reservando para la edad viril la soltura del comercio libre) nuestros economistas, repito, que cuidaban tambien de proponer medios útiles para reorganizar el trabajo, tocaron casi todas las dolencias que han venido aquejándonos hasta el dia. El exagerado empeño de unidad que en vez de fortalecer oprime y estruja: la multitud y confusion de leyes; la perniciosa tendencia del lujo y ociosidad á empozar esterilmente las riquezas en la córte; la reforma de tributos; la amortizacion eclesiástica y civil; la libertad de comercio interior; la usura; la muchedumbre de empleados; la superabundancia de fies-

(1) Mata. Epitome de los discursos. (2) Osorio. ext. pol. punto 3.º

tas... todo lo alcanzó su desinteresado y pacífico análisis. No nos cansaremos de decirlo; solamente en sus trabajos puede estudiarse esa gravisima parte de nuestra historia. Si ajuiciaron bien en la mayoría de los casos lo demuestra el ver que al cabo de dos siglos no hemos hecho mas que repetir sus lamentos, y que hoy vemos remozadas algunas de sus ideas. No caigamos empero en la exageracion de creer que anduvieron atinados en todo; cometieron frecuentes errores, pero acertaron en mucho, y considerada la época, eso basta para rehabilitarlos.

Como la materia se prolonga, y es de suyo poco *amena*, concluiremos en otro la de este artículo: esperando alguna benevolencia, en gracia siquiera de lo interesante y poco manejado del asunto.

A. GIL SANZ.

## LA FLORISTA DEL ZURGUEN.

(CONCLUSION.)

### XI.

Era la noche, lánguida y serena  
La luna en los espacios se mecía  
Y de perfumes olorosos llena  
La brisa en los laureles se adormía,  
El agua leve del arroyo suena  
Formando melancólica armonía  
Y el ruiñen su lánguido tormento  
Exhala en quejas con doliente acento.

Noche de celestial, blando reposo  
Y de inefable y regalada calma  
En que suspira el génio misterioso  
De la serena soledad del alma  
¡Noche! arcángel que ciñes amoroso  
A las sienes del triste amiga palma  
Y cuyas frescas hojas en su frente  
El fuego templan del dolor ardiente.

Todo se entrega al lánguido reposo,  
Ni el viento gime, ni suspira el ave,  
Ni el ánade se agita vagaroso  
Por el agua serena en pompa grave:  
Se oye solo un suspiro misterioso  
De duelo funeral eco suave  
Que de la choza plácida de Inela  
Sale, y de ella tan solo en torno vuela.

De blancas picles en nevado lecho  
Yace espirante la angustiada Eyora,  
Débil palpita el dolorido pecho  
A impulsos de la fiebre abrasadora,  
De Inela el corazon pedazos hecho  
Está por el dolor que la devora,  
Pues seres hay á quien el alto cielo  
Abismádoles vá de duelo, en duelo.

Quando sus ojos á la luz abría,  
Quando á sus ojos el fulgor tornaba,  
Quando á su idolatrada hija veía  
Y al contemplarla tierna se estasiaba:  
La copa del dolor siempre sombría  
El génio de las tumbas preparaba  
Para verter su asolador veneno  
Sobre su triste y angustiado seno.

¡Ay de la pura cándida gacela  
Que vé á la de su amor hija adorada  
Que en raudos giros presurosa vuela  
Por la voz de su amante faseinada,  
Y al ver la dicha que gustar anhela  
Por sus ardientes brios despeñada,  
De sus delirios al ensueño ciego  
Quema su corazon hórrido fuego.

Pobre Eyora que abriste á los amores  
Tu virgen corazon en tu inocencia  
Sin contemplar que hay delicadas flores  
Que del sol no resisten la violencia,  
Serena luz de leves resplandores  
De tu madre el cariño á tu existencia  
Prestaba, y á su llama bienhechora  
En paz vivias inocente Eyora.

Rosa que siempre en el fanal guardaba  
Cuidadoso el amante jardinero  
Y que su cárcel de cristal quitaba  
Si suspiraba el céfiro ligero,  
Pero ¡ay! la ronca tempestad bramaba  
Y destrozó el fanal huracan fiero,  
Un momento brilló la flor fulgente  
Mas presa fué del huracan ardiente.

¡Ay! la niña con ojos moribundos  
Mira á su madre de dolor transida  
E Inela en su pesar ayes profundos  
Lanza por la que llora ya perdida,  
Pues ya la juzga en los serenos mundos  
Donde á los justos á gustar convida  
Dios entre el celestial virgineo coro  
De eternos goces, inmortal tesoro.

¿Madre?—  
¿Qué quieres, lánguida azucena?  
Inela contestó á la triste Eyora.  
¿No ois? parece que una voz resuena  
Por la region del céfiro sonora—  
¡Oh! si hija mia, una armonía suena...—  
Callad, y oid la voz consoladora.  
Dijo, é inclinó la moribunda frente  
De su madre en el seno falleciente.

Alma mia, dó te escondes?  
¡Ay despierta!  
¿No oyes que llamo á tu puerta?  
¿Por qué niña no respondes?  
Ya no acierta  
A vibrar mi arpa sonora,  
Despierta mi Eyora,  
Despierta, despierta.

O es acaso mi fortuna  
Sombra incierta?  
Y plega sus alas yerta  
Cual el cisne en la laguna.  
¿Nunca cierta  
Será mi dicha traidora?  
Despierta mi Eyora,  
Despierta, despierta.

Mi alma, pues sabe que me amas,  
Ya no acierta  
A comprender como yerta  
Me escuchas y no me llamas;  
¿Quizá incierta  
Te tiene otro amor ahora?  
Despierta mi Eyora,  
Despierta, despierta.

Alma mia, dó te escondes?  
¡Ay despierta!  
¿No oyes que llamo á tu puerta?  
¿Por qué niña, no respondes?  
Ya no acierta  
A vibrar mi arpa sonora,  
Despierta mi Eyora,  
Despierta, despierta.

¡Es él! ¡Es él! Con voz desfallecida  
La niña dijo y exhaló un gemido  
Y en el lecho quedó cuál encendida  
Llama, que agita el céfiro adormido,  
Que ya clara fulgura, ya estinguida  
Su esplendor con las sombras confundido  
Al veleidoso soplo vacilando  
Con la vida y la muerte fluctuando.

Inela al ver entrar al peregrino  
Entre gozo y dolor clamó angustiada:  
¡Ah! que llegais muy tarde ya imagino.—  
¡Oh veis ya!—Si, mi suerte dolorosa  
Es la que veo, y el fatal destino  
Que persigue mi vida tormentosa,  
Mirad, dijo, é Isaac miró angustiado  
A Eyora, y lanzó un grito desolado.

Grito que repitió la triste Inela,  
Pero que ya no oyó la muerta Eyora  
Que de la luz á las esferas vuela  
Su alma euál raudó céfiro en la aurora.  
De la estancia la lámpara riela  
En sus ojos con lumbre brilladora  
Que abiertos, aun que muerta, la quedaron  
Por contemplar al infeliz que amaron.

Ojos de melancolica mirada  
 Que fijos en Isaac no se movian,  
 Ojos cuya luz límpida apagada  
 La de los ojos de su amor pedian,  
 Y cuya muerta esplendidez velada  
 Las sombras funerales ya tenian  
 Para nunca verter luz brilladora,  
 ¡Ay Isaac! ¡ay Inela! ¡ay triste Eyora!

**XII.**

Tiempo que al desplegar tus raudas alas  
 Todo lo borras y confundes todo,  
 Al bosque arrancas sus pomposas galas,  
 Al Rey y al vil mendigo osado igualas  
 Y los sepultas bajo el mismo lodo.

Yo que el polvo que huellas altanero  
 Contemplo, y con afan sobre él medito  
 Y de tus ruinas tras las piedras quiero  
 Ver lo que en tu inmortal saña severo  
 Al hombre dejas al pasar escrito.

Descifrar pude en mi afanoso anhelo  
 Lo que de Inela fué en su íntima pena  
 Y de Isaac infeliz que tras su duelo  
 En un claustro vivió en su desconsuelo,  
 El alma de amargura siempre llena.

É Inela vió, pues al dolor se abrieron  
 Sus desolados ojos solamente,  
 Que las flores del valle se perdieron  
 Y oyó que vientos fúnebres gimieron  
 Por su estension desierta tristemente.

Solo quedó el arroyo en la llanura  
 Y tambien una fuente sosegada  
 Que dicen que formaron su agua pura  
 Las lágrimas que en su honda desventura  
 Lloró la triste Inela desolada.

Y el vulgo aun asegura en voz doliente  
 Que al verse de su linfa en el espejo  
 Alguno que sonria alegremente  
 Borra el agua la imagen de repente  
 Enturbiano su límpido reflejo.

MANUEL VILLAR Y MACIAS.

**LA ESPERA,**

NOVELA POR FEDERICO SOULIÉ.

(CONTINUACION.)

—Decidme Fiavilla, añadió éste, co-  
 noceis algun sitio en las cercanías de Pa-

ris, donde la vista pueda velar y esten-  
 derse mas lejos que el sonido de la pala-  
 bra, y á donde cerrada la noche podais ir  
 á encontrarme.

—Para qué? Dios mio! exclamó la  
 marquesa.

—Nada mas que para escucharme.

Spaffa se habia puesto pálido, y su  
 semblante tomó, una espresion de pro-  
 funda compasion. Fiavilla le miró con  
 ansia queriendo leer el secreto en sus  
 ojos; pero los bajó, y tomándole ella en-  
 tonces de las manos, le dijo aterrizada:

—Me causas miedo, Spaffa. ¿Es una  
 nueva desgracia? Vamos sed hombre y  
 pesad en vuestra conciencia si es aun ne-  
 cesario ese nuevo dolor; apiadaos, si  
 podeis, de mí, y decidme lo que debo es-  
 cucharos.

El italiano calló, y anonadado, bajos  
 los ojos, temblaba como un niño bajo la  
 mirada de Fiavilla.

—En nombre de mi padre, en nombre  
 de vuestro bienhechor, dijo asustada de  
 la turbacion de Spaffa, decidme franca-  
 mente si es preciso que vaya á donde me  
 citais.

—El nombre que invocó la marquesa,  
 era tan poderoso como esta habia su-  
 puesto; asi es que Spaffa, cuyo rostro  
 antes sombrío, tomó una espresion re-  
 signada, se levantó y respondió con voz  
 triste pero segura.

—Hija de Pellico, debeis venir á don-  
 de os llamo.

La marquesa bajó la cabeza, y escogi-  
 do el sitio de la cita se separaron.

Cuando llegó la noche, ya Spaffa estaba  
 esperando en medio del campo de Marte;  
 miraba el cielo nebuloso y alumbrado á  
 trechos por el pálido resplandor de algu-  
 nas estrellas, escuchaba el ruido lejano  
 de los coches, y esos mil murmullos que  
 en las cercanías de las grandes ciudades  
 apenas dejan percibir una hora durante  
 todo el dia, los suspiros de la naturaleza,  
 sus frescas brisas y sus dulces ecos; se  
 acordaba sin duda de la silenciosa playa  
 de Nápoles, donde se oyen las olas y las  
 brisas y los cantos de los pájaros, y com-  
 paraba esta noche de París, á aquella  
 otra noche de Nápoles en que tambien

velaba y esperaba, entonces por salvar á Faviani, ahora quien sabe por qué?... Pero una muger se acerca; es Fiavilla que viene á saberlo.

Quando llegó cerca de Spaffa, se detuvo y él así mismo quedó inmóvil, sin atreverse ni á esplicarle el motivo de haberla obligado á venir ni á excusarse de ello, porque no teniendo en su espíritu mas fuerza que la precisa para decir á Fiavilla las terribles palabras que le habian dictado, conocía que si al acercarse la daba una muestra de afecto ó de respeto, perdería toda la resolución que habia formado. También Fiavilla, dejando la debilidad y las lágrimas, se habia revestido de todo el valor que la quedaba contra la desgracia. De modo que esta conversacion parecia que iba á ser un combate, y Spaffa el mas débil de los dos se dió prisa á atacar.

—Fiavilla, la dijo, te acuerdas de todos los juramentos que has prestado?

—Si, respondió la Marquesa, he jurado ante Dios ser fiel á mi esposo, lo he jurado, y lo he cumplido.

—Cumplirás del mismo modo otro juramento.

—¿Cuál, esclamó Fiavilla? ¿qué otro juramento debo cumplir?

—¿Has olvidado ya la playa de Nápoles? repuso sordamente Spaffa.

—La playa de Nápoles?... dijo lentamente la Marquesa, que procuró separar de su memoria todos los dolores de que estaba colmada para buscar aquel recuerdo que habia desaparecido como una palabra vana, como un compromiso imposible. ¿La playa de Nápoles?... repitió mientras que lo pasado volvía poco á poco á levantarse en su memoria.

—Si, añadió Spaffa, la playa de Nápoles donde has jurado que guardarías fielmente el secreto de los carbonarios.

—Cierto, dijo con altivez Fiavilla, y también he cumplido este juramento.

—La playa de Nápoles, continuó Spaffa, alzando al mismo tiempo la voz como quien teme ser interrumpido, la playa de Nápoles donde has jurado entregar al tribunal de los carbonarios el traidor que vendiese sus secretos.

—Y donde he jurado, añadió Fiavilla sacando por entero aquel juramento del olvido en que yacía en su espíritu, donde he jurado matar al traidor, aunque fuese mi hermano, mi padre...

—Aunque fuese tu esposo, añadió Spaffa, al verla detenerse asustada.

Fiavilla dió un paso, tendiendo hácia delante su mano convulsivamente agitada, entreabierta la boca, temblorosos los labios, estraviada la vista; quiso coger el brazo del terrible mensajero; pero este retrocedió; quiso hablar, y no salió de su pecho mas que un sonido ronco y desgarrador. Spaffa, esclamó:

—¿Sostendrás tu juramento? Ya ha llegado la hora de cumplirlo.

Fiavilla, retrocedió á su vez, miró desesperada en torno suyo, estuvo un momento indecisa, y de pronto echó á correr como una loca, gritando.—Socorro! Socorro!—Spaffa se lanzó tras ella, la alcanzó á los pocos pasos y ahogó sus gritos, envolviéndola en la capa al tiempo que ella caía de rodillas; quedaron ambos por algunos momentos como mudos, pero al fin Spaffa, que temblaba como una cuerda tirante al vibrar sobre si misma, dijo.

—Y bien Fiavilla, ¿No he prestado yo ese juramento?

—Ah! esclamó la Marquesa levantándose, tanto mejor. ¿Me has traído aqui para asesinarme?

—A ti y á él, repuso Spaffa, á ti y á él si ambos fueseis perjuros.

—Pero él no lo es, dijo Fiavilla.

—Lo es, contestó Spaffa.

—Oh; sin duda no os comprendo, replicó prontamente la Marquesa, porque el dolor rasga mi cerebro y estravía mis ideas... vos Spaffa... vos el hijo adoptivo de mi padre, vos no habeis venido á proponerme que asesine á mi marido? Perdonad mi terror porque ya lo veis, estoy loca y en todas partes no veo mas que crímenes.

Quedó desarmado Spaffa, y calló por algunos momentos. Pasó muchas veces su mano por la frente, muchas veces suspiró, como si quisiera arrancar del pecho la compasion que iba apoderándose de

él; luego cogió á Fiavilla por las muñecas, se puso frente á ella, y mirándola fijamente cual si quisiera clavarla con la vista la dijo.

—Oye, muger, y óyeme hasta el fin sin interrumpirme, sin intentar escaparte, ni pedirme gracia; óyeme porque tu primer gesto, tu primer grito, será tu sentencia de muerte. Una noche nos hemos reunido en una landa esteril, y vino un hombre que traía una carta de la Condesa, sustraída por algunas horas de la cartera del ministro á quien estaba dirigida. Aquella carta, anunciaba que al fin Faviani había cedido y revelaba con su traicion, nuestros secretos confiados en las ecsaltaciones de la orgía, y nuestros nombres pronunciados entre besos. No tiembles, Fiavilla, óyeme aun. Allí estaba la prueba, la prueba irrecusable, á cuya vista todos pidieron el juicio y todos pronuenciaron una misma sentencia; la de muerte. A estas horas, los que no hayan podido escaparse, espíarán en el cadalso ó en un calabozo la confianza que depositaron en Faviani; y para que no se enorgullezca por ello el poder, ni cunda la desesperacion entre nuestros hermanos, ni se olvide, sino que se afirme la fé jurada, es preciso que al mismo tiempo que la traicion, se sepa tambien el castigo, terrible aviso que será tanto mas eficaz, cuanto mas inevitable é imposible de esplicar aparezca. Para conseguirlo, se ha elegido la mano que está mas cerca de la victima, y la muerte que á la par que sea la mas fácil de dar, sea la mas espantosa por su terrible intimidad; el veneno. Hé aqui pues, el veneno que me han entregado para confiártele.

—Oye, óyeme todabia muger, continuó Spaffa, apretando con violencia el brazo tembloroso de Fiavilla, oye; la primera destinada á esta empresa, eres tú, despues de tí, yó, despues de mí, otro, despues de este otro, diez, veinte; á cual mas implacables y decididos; y sobre todo no olvides, que se castiga como al traidor al que no cumple este sangriento deber y que tu repulsa te mataria sin salvar á Faviani.

—Dadme el veneno, respondió Fiavilla.

Estrañamente sorprendido quedó Spaffa de esta súbita resolucion, pues en verdad habia acudido á la cita mas por cumplir sus juramentos, que porque previera lo que en ella podia suceder, y aun despues de haber oido las confianzas de Fiavilla ni aun con sus zelos contaba para obligarla á aceptar la terrible mision que la traía. Por eso habia ido entregándose á la casualidad, mal seguro de no faltar á sus compromisos y corriendo el riesgo de cometer dos crímenes en vez de uno; pero la respuesta de Fiavilla deshizo todas sus dudas, y á pesar de ella estuvo un momento sin darla crédito.

(Se continuará.)

---

Como entra en nuestro plan la idea de alternar las copias de edificios con los retratos de españoles célebres, damos hoy el de D. Pedro Rodriguez, CONDE DE CAMPOMANES. Nació en Asturias en 1725, y murió en 1802, siendo uno de los que mas ilustraron el siglo 18. Notable en muchos ramos del saber humano, lo fué especialmente como administrador y como político. Ya lo hemos considerado bajo este aspecto en el artículo que encabeza el primer número de la Revista. Fiscal y luego Gobernador del Consejo de Castilla, es acaso la mas noble representacion de la antigua magistratura española. Escribió y publicó un *Ensayo histórico sobre los caballeros del Temple*, una *Noticia geográfica del reino y de los caminos de Portugal*; *Observaciones sobre la república de Cartago*; *traduccion del Periplo de Hannon*; *Discurso sobre la cronología de los Godos*; los nunca bien ponderados *sobre el fomento de la industria popular y educacion de los artesanos, con interesantes apéndices*; el tratado sobre *amortizacion*, traducido en diversas lenguas; las *alegaciones fiscales*, cuyas doctrinas no seria malo recordar; y dejó ineditas la *Historia general de la marina Española*, y otras obras que es de creer conserven en parte sus herederos. Se le ha llamado con justicia *el Turgot Español*; y mereció que FRANKLIN, le propusiese á la sociedad filosófica de Filadelfia para asociarle á sus trabajos.

## VARIEDADES.

**Mejoras locales.—Conduccion de aguas.**—La falta de ellas en lo interior de esta poblacion, es una de las cosas que mas se hacen notar. Si se lograra aumentar suficientemente el escaso caudal de las que hoy llegan, no solo ganaria el vecindario, que se provee en lo general del agua del rio, sino que el ornato público mejoraria construyendo fuentes elegantes en las principales plazuelas, y pudiendo atender al riego del arbolado, que en vano se busca en los sitios mas apropiado para él. Con ese objeto el Ayuntamiento ha agitado el proyecto de traer las aguas reunidas en el siglo pasado, ó principios del presente, con grande costa, en los altos llamados «*las Cadenas*»; y el Sr. Gobernador ha ido personalmente hace pocos dias, acompañado de un ingeniero y otras personas, á enterarse del estado de aquellas obras, y ver por si mismo lo que pueda proyectarse utilmente.

Semejante actividad y celo por parte de una autoridad rodeada de tantas y tan diversas atenciones, no puede menos de hacer concebir lisonjeras esperanzas. Salamanca vá entrando en una época de adelantamiento, en la que podrá progresar mucho á merced de los esfuerzos de la autoridad superior y del cuerpo municipal.

**Escuela Normal.**—La plaza de Maestro vacante en aquel establecimiento, ha sido provista por el Ayuntamiento en un jóven de esta Ciudad, cuya aventajada nota no dudamos que justificará cada vez mas el acierto de la eleccion.

**Nomenclatura de los Meses.**—**Enero** (en latin, *Januarius*.) Dice la mitología que tomó su nombre del Dios Jano, Rey de Italia, hijo de Apolo y de una ninfa llamada Creusa. Por la proteccion que dispensó á Saturno en sus estados, cuando era perseguido por Júpiter fué recompensado con prudencia y prevision singulares, adquiriendo conocimiento de lo pasado asi como del porvenir, por cuya causa sin duda se le representaba con dos caras. Dicen que aprendió de Saturno la agricultura y la civilizacion, y que fueron dichosos los pueblos bajo su gobierno. En Roma se le consagró un templo, cuyas puertas estaban cerradas en tiempo de paz y abiertas durante la guerra. Otros etimologistas aseguran que *Januarius* viene de la palabra *Janua*, esto es puerta, porque la abre al año nuevo, y que fué creado por Numa Pompilio, segundo Rey de Roma; pero entonces no era el primer mes del año, pues los romanos principiaban á contar los meses por la primavera, siendo Marzo el primero de todos. Es el mes de los aguinaldos, de las profecias, de los juicios del año, de las felicitaciones, y socaliñas que una inventerada costumbre tiene establecidas en grave perjuicio y detrimento de los bolsillos.

**Curiosidad.**—El mes de Febrero del presente año contendrá cinco domingos, lo cual no volverá á suceder hasta el año de 1880, y despues hasta 1920, porque el año 1900 no será bisiesto en razon á la pérdida de un dia al cumplirse cada siglo.

**Fenomenos de fecundidad, cuya noticia merece archivarse.**—Dicen los periódicos de la corte. La muger de Francisco Perez, albañil, ha dado á luz en la semana pasada cuatro hijos, tres hembras y un varon. Petra Ruiz, casada con un jornalero del campo, echó al mundo casi al mismo tiempo tres chiquillos, que continúan buenos, sanos y robustos; y una señora de cuarenta y siete abriles, casada con un prógimo que le lleva siete eneros, ha salido tambien del paso, aumentando con una pareja el número de los feligreses de San Marcos.

Esto nos recuerda que tambien hemos oido hablar en esta Ciudad de dos ó tres alumbramientos dobles. Si como suele decirse *lo trae la luna*, Dios libre á sus amigos de *tales lunas*. Nosotros que somos un tanto optimistas, deducimos de tan preñados argumentos que no se acerca, ni con mucho, el fin del mundo, por mas que otra cosa haya temido algun *alto escritor* de nuestros tiempos.

**Singular Regalo.**—Hace poco tiempo que M. Rothschild, llamó al célebre cirujano de Londres, Liston, cuyo ministerio necesitaba; pero al ver el instrumento cortante que debia emplearse en la operacion proyectada, perdió ánimos el célebre banquero, y la dilató hasta otro dia. Llegado éste, se mantuvo firme y dejó operar sin mover los labios. Concluido el negocio, el paciente se dirigió á Liston, y con gran flemma le dijo. «V. creeria que yo le iba á pagar por haberme hecho sufrir; pues está V. muy equivocado; solo pienso darle este pequeño recuerdo.» Y así diciendo le arrojó su gorro de algodón que no estaba por cierto muy blanco. El cirujano se marchó riendo *de buena gana* (esto lo dice el periódico Francés que copiamos) por la manera diestra y barata con que el banquero israelita le pagaba sus honorarios. Bajaba la escalera dando vueltas al gorro, cuando sintió rugir un objeto bajo sus dedos; registró, y sacó un billete de banco de *mil libras esterlinas* (casi 100,000 reales)—Semejante estilo de pagar es tan extraño, como generoso.

**Colores que sirven para luto en diversos pueblos.**—En Europa el negro; en algunos puntos de Asia el amarillo; entre los Turcos el pardo oscuro; entre los Chinos el blanco.

SALAMANCA:

Imprenta de D. Telesforo Oliva,

Calle de la Rua, número 25.



# REVISTA SALMANTINA.

## Segundo Prospecto.

**H**ace cuatro meses dimos principio á esta publicacion con mejor voluntad que fuerzas. ¿Qué pudo decidirnos á emprender un trabajo del que no habíamos de recojer fruto alguno en intereses, y aun en honra?... Fué solo el deseo de levantar una voz, que interrumpiese el sueño de nuestra Ciudad clamando entre sus ruinas; fué tambien el de reunir como en un album los nombres de tantos Salmantinos, que, esparcidos á impulso de los acontecimientos, han escrito con brillo el de su patria (y no hay hipérbole en lo que vamos á añadir) hasta en remotas tierras. Hasta que punto hayamos conseguido el objeto lo dicen los números publicados, y el lisonjero recibimiento que han tenido.

Los trabajos literarios sin embargo no completan el plan; conviene unir lo ideal y lo positivo, lo útil y lo agradable. Para ello no necesitamos apelar á las revueltas crisis de la política, cuyas cuestiones nunca hemos querido abordar. *Los intereses materiales* á que pensamos dedicarnos se hallan en otra esfera mas tranquila, y mas despejada de escollos. Cada provincia tiene una *aptitud* y una *necesidad* especiales: Cataluña sus fábricas, Andalucía su comercio libre, Santander su camino de hierro, Valladolid el canal, Zamora, Avila, Salamanca la agricultura y la exportacion de productos por el Duero. A estos dos últimos objetos pensamos dedicar una Seccion de la REVISTA. Discutir bajo su aspecto económico y práctico el asunto de la Navegacion de aquel rio; reunir datos y proyectos sobre ella; escitar la atencion pública; allanar algun tanto el camino á los planes del Gobierno sin esceder la esfera que nos compete; éste es un breve bosquejo de lo que ideamos con el auxilio de personas notables, de comerciantes instruidos, y de correspondentes en las vecinas provincias y Reino.

La REVISTA SALMANTINA constará pues desde 1.º de Febrero de dos Secciones. Una *literaria* que se publicará como hasta

aquí todos los Domingos en un pliego de impresion, con grabados sueltos, y otra *comercial*, que saldrá todos los Jueves en otro pliego. En esta segunda, única que debemos explicar porque la otra ya es conocida, publicaremos artículos y noticias sobre la interesante Navegacion del Duero; breves instrucciones de agricultura y artes; abundantes *variedades* sobre sucesos análogos al objeto del periódico; estados de precios y movimiento de frutos y géneros en los mercados de la Provincia y principales de las inmediatas; y en la última plana insertaremos anuncios gratuitamente para los suscritores.—El apoyo de estos es lo que necesitamos para seguir adelante con otras mejoras.

El precio no se aumenta; continua siendo el infimo de 4 reales al mes en la Ciudad, y 5 fuera, franco el porte.

Las suscripciones y pedidos se dirigirán á D. TELESFORO OLIVA, Administrador del periódico, ó á los correspondientes de los partidos que se indican á continuacion.

### CORRESPONSALES.

Madrid, D. Gabriel Sanchez, Calle de Carretas.—Valladolid, D. José Maria Lezcano y Roldán.—Avila, D. Mariano Aboin Coronel.—Zamora, D. Manuel Conde. Palencia, D. José Maria Herran.—Alba de Tormes, D. Juan Barés.—Bejar, Don Nicomedes Martin Mateos.—Ciudad-Rodrigo, D. Francisco Fons y Arias. Ledesma, D. Juan Vicente Caballero.—Peñaranda, D. Juan Rodriguez de Leon.—Miranda del Castañar, D. Romualdo Hernandez.—Hinojosa de Duero, D. Juan Miguel Romo.—Sequeros, D. Lino Gonzalez.—S. Felices, D. Juan Mirat.—Vitigudino, D. Miguel Garcia Gonzalez.—Y á falta de correspondientes por medio de libranzas sobre Correos, dirigiéndola al Administrador del periódico en Salamanca, D. Telesforo Oliva, calle de la Rua, número 25.

Primer Prospecto.

aparecer los Domingos en un pliego de impresión, con grabados sueltos, y otra comercial, que saldrá todos los jueves en otro pliego. En esta segunda, única que debemos explicar porque la otra ya es conocida, publicaremos artículos y noticias sobre la interesante Navegación del Duero; breves instrucciones de agricultura y artes; abundantes variedades sobre sucesos análogos al objeto del periódico; estados de precios y movimiento de frutos y géneros en los mercados de la Provincia y principales de las inmediatas; y en la última plana insertaremos anuncios gratuitamente para los suscriptores.—El apoyo de estos es lo que necesitamos para seguir adelante con otras mejoras.

El precio no se aumenta; continúa siendo el mismo de 4 reales al mes en la Ciudad, y 5 fuera, franco el porte. Las suscripciones y pedidos se dirigen á D. Teodoro Ojeda, Administrador del periódico, ó á los corresponsales de los partidos que se indican á continuación.

CORRESPONSALES.

- Madrid, D. Gabriel Sanchez, Calle de Carretas.—Valladolid, D. José María Bercajo y Robledo.—Ávila, D. Mariano Abad Coronel.—Zamora, D. Manuel Conde.
  - Palencia, D. José María Merino.—Alba de Tormes, D. Juan Barés.—Bejar, Don Nicomedes Martín Mateos.—Cinco Pinos, D. Francisco Fons y Arias. Redesma, D. Juan Vicente Caballero.—Ponferrada, D. Juan Rodríguez de León.—Miranda del Castañar, D. Romualdo Hernandez.—Hinojosa de Duero, D. Juan Miguel Romo.—Sepuleros, D. Luis González.—S. Felices, D. Juan Wuest.—Tigüino, D. Miguel García González.—
- Y á falta de corresponsales por medio de libranzas sobre Górgos, dirigiéndola al Administrador del periódico en Salamanca, es, D. Teodoro Ojeda, calle de la Alca, número 25.

En los cuatro meses dimos principio á esta publicación con mejor voluntad que fuerza. ¿Qué pudo decirnos á emprender un trabajo del que no habíamos de recoger fruto alguno en intereses, y aun en honra?... Fue solo el deseo de levantar una voz, que interrumpiese el sueño de nuestra Ciudad claudando entre sus ruinas; fue también el de reunir como en un álbum los nombres de tantos Salaman- tinos, que, esparcidos á impulso de los acontecimientos, han escrito con brillo el de su patria (y no hay hipótesis en lo que vamos á añadir) hasta en remotas tierras. Hasta que punto hayamos conseguido el objeto lo dicen los números publicados, y el honroso recibimiento que han tenido.

Los trabajos literarios sin embargo no completan el plan; conviene unir lo ideal y lo positivo, lo útil y lo agradable. Para ello no necesitamos apelar á las revoluciones de la política, cuyas cuestiones nunca hemos querido abordar. Los intereses materiales á que pensamos dedicarnos se hallan en otra esfera mas tranquila, y mas despejada de escollos. Cada provincia tiene una aptitud y una necesidad especial: Cataluña sus fábricas, Andalucía su comercio libre, Santander su comercio de hierro, Valladolid el canal, Zamora, Avila, Salamanca la agricultura y la exportación de productos por el Duero. A estos dos últimos objetos pensamos dedicar una Sección de la REVISTA. Dirigir bajo su aspecto económico y práctico el asunto de la Navegación de aquel río; reunir datos y proyectos sobre ella; escitar la atención pública; alabar alguna tanto el camino á los planes del Gobierno sin esceder la esfera que nos compete; éste es un breve bosquejo de lo que idealmente es un breve bosquejo de personas notables, de comerciantes instruidos, y de corresponsales en las vecinas provincias y Reino. La REVISTA SALAMANTEÑA constará pues desde 1.º de Febrero de dos Secciones. Una literaria que se publicará como hasta